

MUJERES Y PREHISTORIA: VIVIR EL PRESENTE, PENSAR EL PASADO

PALOMA GONZÁLEZ MARCÉN
Universitat Autònoma de Barcelona

Aunque de forma habitual el punto de arranque de la investigación sobre las mujeres en la prehistoria se asocie a los trabajos de Sally Linton (1971), existe una tradición muy anterior de cuestionamiento del papel de las mujeres en la prehistoria que se remonta a finales del siglo XIX (Arwill-Nordbladh, 1989). En aquel momento histórico coincidieron dos movimientos, uno científico – el evolucionismo social – y otro político — el primer movimiento feminista de las sufragistas –, que convergían, desde sus respectivas perspectivas, en plantearse el papel de las mujeres en los orígenes de la humanidad como problema.

Sin embargo, efectivamente no es hasta principios de la década de los 70 del pasado siglo XX cuando, coincidiendo con la así llamada segunda ola de feminismo, comienzan a formularse, en el campo de la antropología social (Strathern, 1972; Rosaldo y Lamphere, 1974), modelos explicativos alternativos a la conceptualización y estudio de las mujeres que habrían de tener un impacto significativo en el paradigma de la investigación prehistórica, muy especialmente la anglosajona y la escandinava,

No resulta casual que la aparición de las mujeres como tema de reflexión e investigación en prehistoria haya ido de la mano de los movimientos reivindicativos para la mejora de sus condiciones legales, económicas y sociales. Ciertamente, la percepción, valoración y acción de las mujeres en todos los ámbitos de la sociedad se ha transformado de forma radical en un proceso que se inició hace ya más de cuatro décadas y ello ha conducido a una mayor presencia femenina en los círculos científicos y académicos. Por ello, y a diferencia de otras perspectivas teóricas que se hallan presentes en el debate epistemológico y ontológico de las ciencias sociales, y por tanto también de la arqueología prehistórica, la presencia de las mujeres como sujetos y objetos de la investigación está directamente relacionado con posicionamientos ideológicos y políticos referentes a situación en el presente, y sus implicaciones rebasan, en muchos casos, los estrechos marcos disciplinares.

Frecuentemente, esta clara vinculación entre investigación y posicionamiento ideológico y/o político se ha esgrimido como debilidad científica de la investigación sobre las mujeres en la (pre)historia, como un pecado original que enturbia la validez de sus resultados. Sin embargo, existe una amplia bibliografía

que profundiza en los fundamentos epistemológicos sobre los que se parte en la investigación sobre mujeres. Tal como ha planteado Alison Wylie (1997), éstos se alejan, de forma explícita o implícita, de los enfoques más ortodoxos del positivismo o del empirismo y se acercan, con gradaciones, a las posturas defendidas por teóricas de la ciencia como Sandra Harding (1990) o Donna Haraway (1995).

En cualquier caso, desde la diversidad de enfoques que abarca la investigación sobre las mujeres en la prehistoria y a pesar de que esta prehistoria sobre y de mujeres muestra una incidencia disimétrica en diferentes ámbitos académicos, comienza a perfilarse como un posicionamiento que exige a la práctica convencional de la investigación el reconocimiento de sus sesgos androcéntricos y que, en consecuencia, plantea la necesidad de un replanteamiento profundo de las bases epistemológicas, ontológicas y metodológicas de la arqueología prehistórica (Conkey y Spector, 1984; Bertelsen *et alii*, 1987; Conkey y Gero, 1997; Conkey, 2003).

Un rasgo distintivo de esta práctica investigadora reside en que, lejos de presentarse exclusivamente como una corriente teórica o como una escuela dentro de la disciplina, la prehistoria de las mujeres se vincula, como ya se ha dicho, al cuestionamiento de la posición y situación de las mujeres en la sociedad contemporánea. De hecho, se trata de un viaje intelectual de ida y vuelta; se mira al pasado desde el presente y se escrutina de nuevo el presente a la luz de la mirada sobre el pasado. De este modo, una parte esencial de la investigación de las mujeres en prehistoria se ocupa en diseccionar las imágenes que sobre el pasado y, específicamente, sobre la prehistoria, se han ido creando a lo largo de la historia de la investigación. Estos relatos del pasado, estas narrativas de los orígenes, como las denominaba Margaret Conkey y Sarah Williams en un magnífico artículo de 1991, se han esgrimido históricamente como argumentos legitimadores de las situaciones de discriminación, explotación y desvalorización de las mujeres y han quedado incrustadas en el imaginario colectivo como arquetipos naturalizados (Gifford Gonzalez, 1993; Moser, 1998).

Probablemente por ello, la prehistoria de las mujeres concibe de forma consubstancial a su dimensión investigadora, su dimensión social y divulgadora, externa al quehacer académico (Holcomb, 1998; Jones y Pay, 1999). La prehistoria, más que cualquier otro periodo de la historia de la humanidad, se perfila como una etapa situada entre el mito y la historia, entre la ficción y la ciencia; en definitiva, un arma poderosa para la construcción y deconstrucción de las ideologías. Es en la prehistoria más profunda cuando surge nuestra especie y se definen sus pautas de comportamiento biológico y cultural; pero también es en la prehistoria cuando aparecen todos aquellos componentes, materiales y sociales, que conforman las bases de la vida social tal como la conocemos ahora: el poder, la explotación económica, el estado, la transformación del medio natural, pero también la vida en sociedad, el arte, las tecnologías...

Obviamente este largo camino de la humanidad es un trayecto compartido entre mujeres y hombres y la historia, en tanto que obra humana, es, por tanto, colectiva. Dada esta obviedad ¿qué necesidad hay de buscar a las mujeres de la prehistoria como objeto específico, si el propio enunciado de “lo humano”, o si se prefiere de “lo social”, las incluye? Y si, efectivamente, hubieran de buscarse ¿resulta posible abordar su estudio desde la investigación arqueológica?

La prehistoria no es (sólo) cosa de hombres

No es de extrañar que fuera el estudio del proceso de evolución humana con las concepciones que entrañaba sobre las categorías de hombre/mujer y su plasmación interpretativa, el tema que se erigió, en primera instancia, como ámbito de denuncia y de investigación preferencial sobre el papel que se les otorgaba a las mujeres en la prehistoria. La adscripción de tareas a los sexos y la subsiguiente articulación de estos comportamientos adscritos a modelos evolutivos en los cuáles las tareas y aptitudes del sexo masculino resultaban los motores del progreso evolutivo y de la consecución de la categoría de "humano", quedaba reflejado de forma explícita en la sucesión de imágenes que, desde el simio encorvado al varón erguido, nos mostraba sin el menor género de dudas a los únicos protagonistas del proceso. Nos mostraba, no ya al hombre, sino a los genes masculinos como artífices de nuestra especie.

La teoría de Sally Linton (1971) sobre la importancia de la recolección para la subsistencia de homínidos y humanos y su vinculación a las actividades femeninas, en contraposición a la caza adscrita como tarea a los varones, generó toda una serie de estudios, réplicas y contrarréplicas en torno a la importancia de la famosa *Woman the Gatherer*, la mujer recolectora (Dahlberg, 1981). Ciertamente parte de las teorías y los datos que sustentaban tanto los trabajos de Sally Linton como los de las que siguieron su modelo en los años 70 y 80 (Tanner y Zihlman, 1976; Zihlman, 1978 y 1981) ha sido posteriormente rebatida y modificada. No obstante, resulta indiscutible que la investigación sobre el proceso de evolución humana, en concreto, y de la prehistoria, en general, se ha visto obligada a reconsiderar sus perspectivas interpretativas, a reconocer los sesgos ideológicos de sus representaciones gráficas y narrativas y a ampliar el abanico del registro arqueológico y de las técnicas empleadas en su estudio analítico como consecuencia de este debate (Liesen, 1998).

Si a estas alturas ya nadie debería dudar de la carga ideológica inherente a la investigación sobre el proceso de hominización y de los modelos de comportamiento social que se le asocian, resultan menos evidentes, pero igualmente sesgados los discursos históricos relativos a las etapas más recientes de la prehistoria, cuyas pautas interpretativas se desprenden de una determinada concepción del proceso histórico y de las variables que lo estructuran.

Ya desde la formulación de la periodización fundacional de la prehistoria – el Sistema de la Tres Edades – a principios del siglo XIX por Christian Thomsen, se crearon las bases de una interpretación histórica basada en aquellos cambios tecnológicos considerados globales. Por esa misma época, el paralelismo metodológico que estableció la investigación prehistórica con la naciente ciencia de la geología traspasó a las interpretaciones sobre el pasado lejano una idea de temporalidad profunda y un concepto de cambio cercano al manejado tradicionalmente en las ciencias naturales, vinculado de forma directa a los cambios medioambientales como demarcadores de los cambios en la dinámica de los grupos humanos (Groenen, 1994). Esta noción ha quedado impregnada en la investigación sobre la prehistoria, que ha querido reconocer en este esquema temporal de largo plazo su particular idiosincrasia disciplinar (Hodder, 1987; Bailey, 1987). De este modo, en él encuentran fácil encaje los análisis de cambios tecnológicos o los estudios de arqueología medioambiental que han caracterizado la investigación

prehistórica desde los años 60. La pregunta, sin duda, estriba en por qué y hasta qué punto este esquema temporal es responsable de la ausencia de las mujeres de la prehistoria como objeto de estudio ¿No participan y se ven afectadas acaso las mujeres en las variables que marcan las continuidades y rupturas de largo plazo?

Por supuesto que sí, pero la crítica que se formula desde la arqueología feminista es que junto a los cambios tecnológicos de amplio espectro, junto a los condicionamientos que suponen las condiciones medioambientales y junto a las estructuras geopolíticas que surgen en la prehistoria más reciente, existen y existieron otras variables que marcaron la dinámica histórica de los grupos humanos de la prehistoria. La organización social de la reproducción – biológica y cultural –, la estructura y características de los espacios cotidianos, las tecnologías relacionadas con el consumo, la salud y el cuidado y las condiciones de vida que generan, la propia concepción cultural de las diferencias de sexo y de género y su concreción social en términos de acceso a los recursos o a los ámbitos de poder – todas ellas variables fundamentales no sólo para entender la supervivencia, sino para explicar la vida en sociedad y la las diversas experiencias que han trenzado esa obra humana que llamamos historia.

De hecho, la prehistoria no ha considerado a las mujeres en su investigación porque no ha considerado relevante considerar el coste humano de los grandes cambios tecnológicos y socio-económicos y porque tampoco ha otorgado valor histórico a las condiciones y a los mecanismos que hicieron posible o resistieron la llegada de nuevas formas económicas y sociales. Por el contrario, ha hecho abstracción de la agencia humana y ha formulado la dinámica social exclusivamente en términos del poder masculino que rige nuestro presente: el control de la macroeconomía, el control político y el control de las tecnologías de producción.

Por ello no es de extrañar que, tal como menciona Margaret Conkey (2003: 870), la investigación de las mujeres de la prehistoria se haya centrado, en gran medida, en estas otras variables que se expresan en “la microescala, en el nivel de la unidad doméstica (*household*) o del acontecimiento, donde las prácticas cotidianas, el espacio estructurado, el saber y la producción locales (...) resultan accesibles”. Desde una perspectiva metodológica, esta escala espacio-temporal se corresponde, a grandes rasgos, con la llamada *Household Archaeology* en el ámbito anglosajón (Wilk y Rathje, 1982; Allison, 1999) y con la arqueología etnológica francesa surgida de las propuestas de André Leroi Gourhan (Leroi Gourhan y Brézillon, 1972). Esta arqueología de los asentamientos permite proponer modelos de relaciones intra-grupales en términos sociales ya que parte de una lectura del registro en términos de acciones reiteradas que configuran los modelos de comportamiento social normalizado. Se trataría, en suma, de lo que podríamos denominar rastro material de aquellas acciones que conforman la base de convivencia de las comunidades humanas, o, en otras palabras, de las pautas de la cotidianeidad.

En trabajos recientes (Foxhall, 2000; Hodder y Cessford, 2004) se destacan dos aspectos complementarios que se muestran en estos estudios de pequeña escala: por una parte, la necesidad de contextualización y caracterización de las acciones recurrentes y reiteradas que se muestran en el registro arqueológico y que, generalmente, tienden a ser interpretadas sesgadamente en términos de las varia-

bles que estructuran el tiempo largo de los períodos, y, por la otra, la centralidad de las acciones cotidianas en la reproducción de formas sociales y culturales. En ambos casos se sugiere además que los componentes temporales, espaciales y sociales de la cotidianeidad son complejos y diversos y que son susceptibles de ser estudiados y diseccionados más allá del supuesto estatismo que le adjudica la investigación prehistórica.

¿Dónde están las mujeres de la prehistoria?

El estudio de las mujeres de la prehistoria se ha confrontado, desde sus inicios, al desafío metodológico que representa la obtención de datos susceptibles de ser incorporados a líneas interpretativas en el sentido que acabamos de comentar. El rechazo a una única escala temporal – el largo plazo – como definidora del marco interpretativo de la investigación prehistórica abre la puerta a relevar los contextos arqueológicos específicos y los objetos materiales que los conforman no como paso intermedio entre la empiria y la generalización, sino como dadores, en sí mismos, de indicios directos para la interpretación histórica.

Objetos con sexo

La recurrente premisa de que el registro arqueológico carece de sexo ha sido puesto entredicho, de forma implícita y explícita, en los últimos años por la investigación realizada por mujeres y sobre mujeres de la prehistoria. El registro arqueológico con el que contamos y la diversidad de fuentes y documentación que dan cuerpo a las interpretaciones que de él hacemos, muestran, si queremos ver, toda una serie de datos sexuados que permiten enriquecer la investigación prehistórica *con la diversidad de sus protagonistas*.

Si partimos de que el sexo es una característica, en primera instancia biológica, asociada al cuerpo de los seres humanos, en la investigación prehistórica nuestro acercamiento a los cuerpos la realizamos a partir de los muertos, de cuerpos sin vida. Aunque en un principio pudiese parecer que este hecho supone una dificultad añadida en el análisis de los vivos, lo cierto es que contamos con nítidos indicadores materiales para conocer tanto historias de vida como la gestión social del cuerpo humano. Los cuerpos humanos o, mejor dicho, aquellos elementos conservados de cuerpos humanos hallados en sepulturas, permiten acceder de forma directa a la materialidad de los agentes de la historia que investigamos: su edad, su sexo, su aspecto físico. Junto a ello, en estos cuerpos humanos han quedado grabados rastros de la vida que llevaron a cabo, que podemos estudiar gracias a los análisis paleoantropológicos.

Este campo de evidencias se presenta así como uno de los más fructíferos y directos para el estudio de vida de las personas concretas que vivieron en época prehistórica y, con ello, para la valoración de diferencias, similitudes, afinidades y movilidad en los que se desarrollaron mujeres y hombres en un contexto histórico concreto (Cohen y Bennett, 1993). A grandes rasgos las líneas principales que se han desarrollado en la investigación paleoantropológica han ido encaminadas a caracterizar con mayor precisión las condiciones y formas de vida de las poblaciones prehistóricas mediante la obtención de perfiles demográficos de poblaciones concretas así como índices de mortalidad, natalidad y esperanza de vida (p.e. Wilson, 1997), la determinación de patologías, carencias nutricionales o desgastes sufridos por

actividades reiteradas y su representación diferencial por sexos y grupos de edad (p.e. Molleson, 1994; Sofaer-Derevenski, 2000) o la determinación de pautas de alimentación y de movilidad a partir de muestras procedentes de esqueletos (p.e. Schulting y Richards, 2001).

Los cuerpos del pasado no flotan en el vacío sino que están anclados en la tierra y a los elementos materiales que ésta contiene. Las tumbas y su contenido, cuerpos y objetos, se conforman así en *contextos con sexo*. Ya desde la década de los 60, la cultura material funeraria (contenedor y contenido) adquirió valor explicativo para la caracterización socio-económica de la sociedad que la había utilizado (Binford, 1971). Partiendo de estas premisas, hoy en día resulta casi inconcebible el estudio de necrópolis y sepulturas sin la inclusión del sexo y la edad de los restos humanos como variables en la interpretación socio-económica y, afortunadamente, son abundantes los trabajos realizados en este campo que se iniciaron hace más de 20 años con el análisis de Susan Shennan (1975) de la necrópolis eslovaca de Branc.

En los últimos años, también se ha relevado el valor de los conjuntos funerarios como indicadores de identidades sociales específicas, asumidas y sancionadas por la comunidad que depositaba en la tumba las ofrendas (Parker Pearson, 1999). En esta línea interpretativa, Marie Louise Stig Sørensen (2000) ha apuntado recientemente a la abundante documentación que puede hallarse en los ajuares funerarios sobre la construcción material de la identidad de género a partir del adorno, vestido y los instrumentos depositados con los cuerpos femeninos y que se hace extensible, en relación a las mismas variables, a las representaciones iconográficas halladas dentro o fuera de las sepulturas.

De hecho, otro gran campo de documentación arqueológica sobre las mujeres de la prehistoria reside no ya en el cuerpo mismo, sino en su representación en figurillas o dibujos y grabados en una amplísima variedad de soportes. Desde el Paleolítico Superior pueden reseguirse sin solución de continuidad las representaciones de la figura humana y más concreta y abundantemente de la figura del cuerpo femenino, hasta los periodos denominados históricos. Las representaciones de figuras femeninas de época prehistórica han sido objeto de numerosos análisis y propuestas interpretativas sobre el papel social e ideológico de las mujeres en diferentes lugares y momentos históricos y de las diversas formas de prácticas socio-simbólicas (Masvidal y Picazo, 2005). Pero sin duda, ha sido la obra de Marija Gimbutas (1982; 1991) sobre las figurillas femeninas de la prehistoria reciente europea la que ha desbordado, para bien y para mal, los límites de la investigación arqueológica. El indudable conocimiento exhaustivo de estos materiales arqueológicos y las sugestivas hipótesis iniciales de Gimbutas han dado paso, sin embargo, a su reinterpretación simplista de cultos a la Diosa Madre por parte de movimientos sociales y culturales, más o menos esotéricos, encuadrados en la denominada *new age* y con vagos lazos de conexión con el ecofeminismo (Meskell, 1998; Conkey y Tringham, 1999).

Aunque las arqueólogas reconocen la aportación de Marija Gimbutas como pionera en los estudios de las representaciones de mujeres desde un enfoque alternativo al de la investigación tradicional, actualmente se rechazan las interpretaciones generalizadoras como indicadoras de sociedades matrilocales/focales y se tiende a un estudio contextualizado de las representaciones femeninas de la prehistoria (Soffer *et alii*, 2000).

La construcción material de la vida social

No todos los contextos arqueológicos contienen objetos directamente sexuados; de hecho, gran (por no decir la mayor) parte de los yacimientos arqueológicos no se asocian a enterramientos donde hallar cuerpos de mujeres y hombres, niñas y niños, ni a objetos o soportes donde aparezcan representadas figuras humanas. ¿Quiere esto decir que sólo resulta posible investigar a las mujeres de la prehistoria a partir de un tipo y número limitado de contextos arqueológicos? ¿Los poblados, las casas, los talleres resultan opacos a una metodología de investigación interesada en discernir la diversidad sexual y social de los grupos humanos del pasado lejano?

La atribución de ciertas actividades a la práctica de las mujeres no está exenta de debate y, en cierta medida, se ha tendido a vincularla con posicionamientos esencialistas o conservadores que ubican a las mujeres en un ámbito de acción social limitado y limitador (Magallón, 1999). Paralelamente, el reconocimiento de la diversidad de fórmulas culturales en la organización material de los sistemas de género ha apuntado a la prudencia necesaria a la hora de abordar caracterizaciones de orden universalista del colectivo de mujeres y de sus situaciones (Moore, 1988). Por ello, la investigación de las mujeres de la prehistoria sólo puede tomar dos caminos: por uno se avanza en la deconstrucción de arquetipos sobre la adscripción de ciertas actividades consideradas centrales en la interpretación de las sociedades prehistóricas – como la caza, la producción de instrumentos líticos o la metalurgia – exclusivamente a los varones; por el otro camino se profundiza en el estudio de aquellos ámbitos de acción social en los que, como ya se ha comentado, necesariamente estuvieron presentes mujeres – como la gestión doméstica, las relaciones interpersonales o el cuidado y socialización de la infancia –.

La profundización en el potencial informativo de las fuentes etnográficas ha resultado fundamental en la crítica a los modelos establecidos sobre la división sexual de las actividades de los grupos prehistóricos (Spector, 1983). De este modo, se ha ido cuestionando la ausencia de las mujeres en actividades como la caza (Estioko-Griffin y Griffin, 1981), la producción lítica (Gero, 1991) o metalúrgica (MacLean, 1998). La vinculación de datos arqueológicos y datos etnográficos cuenta con una larga trayectoria disciplinar en los estudios prehistóricos que se remonta al siglo XIX, aunque actualmente no resulta aceptable defender aquellas analogías etnográficas directas como prueba de comportamientos en el pasado. Sin embargo, sí que ha resultado posible demostrar, gracias a esta documentación, la inconsistencia de aquellos modelos que naturalizaban la adscripción de ciertas actividades a uno u otro sexo... aunque, desgraciadamente, no se haya producido el esfuerzo divulgativo necesario para hacer desaparecer estos arquetipos del imaginario social!

La caracterización de las formas de vida de una comunidad va inexorablemente unida, desde la arqueología, a la estrategia metodológica de la determinación de su organización espacial (Kent, 1990). De hecho, puede considerarse que el espacio denotado y acotado por los restos arqueológicos, la articulación de sus diferentes elementos, los recorridos que van de uno a otro, como la expresión material de una determinada lógica en organización de las actividades, una organización concreta y no abstracta, que conforma y, al tiempo es conformada, por las constantes y cambiantes relaciones que se generaron en aquellos espa-

cios (Nevett, 1994). Así pues, los espacios arqueológicos no son espacios abstractos, reducibles a patrones o esquemas formales, son espacios que contuvieron vida humana y que fueron creados por ella.

Los conjuntos arqueológicos en sentido amplio, es decir, la cultura material en contexto de uso o abandono de los espacios habitados, conforman un campo de evidencia fundamental para el estudio de las mujeres en la prehistoria en cuatro sentidos básicos. En primer lugar, por las propiedades de los artefactos arqueológicos como instrumentos de las tecnologías domésticas o de mantenimiento (Hendon, 1996); en segundo lugar, por su función como mediadores en las prácticas sociales (Spector, 1993); en tercer lugar, por la disposición de objetos y actividades en el espacio (Hastorf, 1991); y, por último, por la asociación de todo ello con acciones reiteradas y concretas, es decir, con la escala básica de temporalidad social, la cotidianidad (Picazo, 1997).

De modo esquemático, el patrón básico de las actividades que tienen su escenario preferencial en el nivel de los asentamientos y de las casas incluye los trabajos relacionados con la alimentación, la salud, el cobijo, la socialización y la curación e higiene. Pero también con un bagaje de conocimientos especializados y unas prácticas tecnológicas y simbólicas específicas que pueden proponerse desde un registro arqueológico exhaustivo y detallado, como el realizado por Mirjana Stevanovic (1997) en los poblados neolíticos del sudeste de Europa, donde resulta verosímil interpretar la construcción y destrucción intencionada de sus casas como acciones simbólicas relacionadas con una determinada concepción cultural de la vida y la muerte del espacio habitado.

El estudio de las tecnologías femeninas es un campo que sólo recientemente ha comenzado a ocupar un lugar en las investigaciones sobre historia de la técnica (Lerman *et alii* 2003). Sin embargo, la mayoría de estudios se centran en la participación/aportación de las mujeres en los desarrollos y aplicaciones técnicos en el mundo industrial y postindustrial sin que la tecnología doméstica, haya sido analizada en profundidad. Desde la discusión conceptual, Oldenzel (1996) remarca que ello se debe a que el estudio (y la concepción) convencional de la tecnología ha estado centrado en dos variables que han redundado en la ausencia de presencia de las prácticas tecnológicas femeninas: en primer lugar, la categorización de la tecnología en función de la producción en detrimento a la categorización en función de las prácticas de consumo y uso, y, en segundo lugar, el énfasis en los artefactos de gran envergadura y que requieren una gran inversión de capital en detrimento de sistemas de baja tecnología y de uso diario. Tal como concluye esta investigadora, esta categorización responde a un sistema de categorización que separa lo productivo de lo no productivo, lo técnico de lo no técnico, el mundo masculino del mundo femenino (McGaw, 1996).

Estos presupuestos han influido también de forma clara en el tipo de tecnologías investigadas tradicionalmente por la prehistoria y las que no lo han sido. Éstas últimas (el tejido, la preparación de alimentos, los sistemas de curación, entre otras) constituyen, precisamente, las que han sido objeto de una atención preferencial por parte de las arqueólogas, partiendo siempre de una perspectiva contextual en sus análisis, y reforzada, en muchos casos, por información textual e iconográfica (Brumfiel, 1991; Wright, 1996; Meyers, 2003). Estos estudios no sólo muestran el saber tecnológico, altamente especializado, de

las mujeres prehistóricas, sino también las condiciones y estrategias de resistencia desarrolladas por ellas en periodos de intensificación de la producción y de creciente control económico o ideológico sobre sus actividades productivas y reproductivas.

Precisamente, Elisabeth Barber (1994) plantea una posible explicación para la asociación, casi universal, de las mujeres a una tecnología específica: el tejido. Barber mantiene que el tejido y, especialmente, el hilado, supone una actividad fácilmente compatible con el cuidado y la vigilancia de criaturas de corta edad, dados los escasos instrumentos necesarios para llevarla a cabo y la posibilidad de interrumpirla y retomarla sin que quede afectada la labor que se realiza. La indiscutible vinculación social e histórica de las mujeres con las criaturas ha comportado que en los últimos años se haya consolidado una nueva línea de investigación encaminada al estudio de la infancia, tanto por sí misma, como grupo social infrarrepresentado en las interpretaciones históricas, como por su relación directa con la experiencia histórica de las mujeres en su función de madres y socializadoras (Lillehammer, 1989; Moore y Scott, 1997; Sofaer-Derevenski, 2000; Kamp, 2001; Schwartzman, 2005). Junto a un acercamiento paleoantropológico y funerario que busca identificar las condiciones de vida y muerte de las criaturas, el tratamiento diferencial en función de sexo o grupo familiar y el simbolismo específico que caracteriza los enterramientos infantiles (Rega, 2000), en la investigación sobre la infancia prehistórica adquiere un peso específico el estudio de las formas y contextos de aprendizaje y de transmisión de saberes. Por ello, el análisis de los procesos técnicos de manufactura de los útiles líticos tallados ha sido ya destacado como indicador de contextos y procesos de aprendizaje infantil (Karlín, 1992), al igual que comienza a plantearse para la producción cerámica (Smith, 2005).

Mujeres de la prehistoria, mujeres de aquí y de ahora

La investigación prehistórica sobre las mujeres muestra todavía una escasa presencia en el panorama científico y académico español, aunque en los últimos años comienzan a ser cada vez más frecuentes los encuentros, cursos y publicaciones organizados y promovidos por arqueólogas y prehistoriadoras (Colomer *et alii*, 1999; González Marcén, 2000; Sánchez Romero, 2005; González Marcén *et alii*, 2005; Prados y Ruiz, 2006), así como los ensayos monográficos sobre mujeres, prehistoria y arqueología (Hernando, 2002; Sanahuja, 2002; Querol y Lavrin, 2005). No cabe duda que, de este modo, se inicia una cadena que facilitará, en un futuro que ya está aquí, la formación de nuevas investigadoras y su incorporación a centros de investigación y museos – en los que todavía la paridad queda lejos, y muy especialmente en los puestos de decisión! –, donde, con nuevas ideas y mayores recursos, habrán de incrementar, en cantidad y calidad, estos primeros pasos hacia el enriquecimiento de nuestra visión del pasado más lejano y, con ello, de una mirada más crítica hacia la historia que hacemos y vivimos.

Los objetos y rastros de las mujeres de la prehistoria no hablan por sí mismos sino que requieren ser reconocidos, descodificados y mostrados. En los últimos 30 años, muchas mujeres y algunos hombres se han dedicado a esta tarea. Así, esas leves huellas, condenadas durante milenios a un doble olvido, sirven hoy para ilustrarnos del papel fundamental y fundacional que desempeñaron las mujeres de la prehistoria en ser hoy lo que somos.

Bibliografía

- ALLISON, P.M. (ed.) (1999): *The Archaeology of Household Activities*. Londres-Nueva York: Routledge.
- ARWILL-NORDBLADH, E. (1999, orig. 1989): "Oscar Montelius y la liberación de las mujeres. Un ejemplo de arqueología, ideología y el primer movimiento de mujeres suecas". En L. Colomer *et alii* (eds.) *Arqueología y teoría feminista. Estudios sobre mujeres y cultura material en arqueología*. Barcelona, Icaria: 357-374.
- BARBER, E.W. (1994): *Women's work. The first 20000 years*, Norton, Londres-Nueva York
- BERTELSEN, R.; LILLEHAMMER, A.; NÆSS, J.R. (eds.) (1987): *Were they all men?: An examination of sex roles in prehistoric society*. Stavanger : Arkeologisk museum i Stavanger.
- BINFORD, L. (1971): "Mortuary practices: their study and their potential". En J. Brown (ed.) *Approaches to the Social Dimensions of Mortuary Practices*. Washington DC: Memoir of the Society for American Archaeology 25: 6-29.
- BRUMFIEL, E. (1991): "Weaving and cooking: Women's production in Aztec Mexico". En J. Gero y M. Conkey (eds.), *Engendering Archaeology. Women in Prehistory*: 224-251. Oxford, Blackwell.
- COHEN, M.N.; BENNETT, S. (1993): "Skeletal evidence for sex roles and gender hierarchies in prehistory". En B. Miller (ed.), *Sex Roles and Gender Hierarchies*: 273-96. Cambridge University Press, Cambridge.
- COLOMER, L.; GONZÁLEZ MARCÉN, P.; MONTÓN, S.; PICAZO, M (comp.) (1999): *Arqueología y teoría feminista. Estudios sobre mujeres y cultura material en arqueología*. Icaria, Barcelona.
- CONKEY M.W.; TRINGHAM, R. (1998): "Rethinking Figurines: A Critical View from Archaeology of Gimbutas, the 'Goddess' and Popular Culture". En *Ancient Goddesses: The Myths and the Evidence*. L. Goodison y C. Morris, eds: 22-45. London: British Museum Press.
- CONKEY, M. W.; WILLIAMS, S. (1991): "Original Narratives: The Political Economy of Gender in Archaeology". En *Gender at the Crossroads of Knowledge: Anthropology in the Postmodern Era*, M. di Leonardo, Berkeley: University of California Press: 102-139.
- CONKEY, M.W. 2003: "Has feminism changed archaeology?" *Signs: Journal of Women in Culture and Society* 28 (3), pp. 867-880.
- CONKEY, M.W.; GERO, J.M. (1997): "Programme to practice: gender and feminism in archaeology". *Annual Review of Anthropology* 26, pp. 411-37.
- CONKEY, M.W.; SPECTOR, J. (1984): "Archaeology and the Study of Gender". *Advances in Archaeological Method and Theory* 5: 1-38.
- DAHLBERG, F. (1981): *Women the gatherer*. Yale University Press, New Haven.
- ESTIOKO-GRIFFIN, A.; GRIFFIN, P.B. (1981): "Woman the Hunter: The Agta". En *Woman the Gatherer*, F. Dahlberg (ed.), pp. 121-131. Yale University Press, New Haven.
- FOXHALL, L. (2000): "The running sands of time: archaeology and the short-term". *World Archaeology* 31(3), pp. 484-498.
- GERO, J. (1991): "Genderlithics: women's role in stone tool production". En J. Gero y M. Conkey (eds.), *Engendering Archaeology. Women in Prehistory*: 163-193. Oxford, Blackwell.
- GIFFORD-GONZALEZ, D. (1993): "You can hide, but you can't run: representation of women's work in illustrations of palaeolithic life". *Visual Anthropology Review* 9:3-21.
- GIMBUTAS, M. (1991): *Diosas y dioses de la vieja Europa 7000-3500 a.C.* Madrid: Istmo.
- GIMBUTAS, M. (1996): *El lenguaje de la Diosa*. Oviedo: Dove.
- GONZALEZ MARCEN (coord.) (2000): "Espacios de Género en Arqueología". *Arqueología Espacial* 22, Teruel.
- GONZÁLEZ MARCÉN, P.; MONTÓN, S.; PICAZO, M. (eds.) (2005): "Dones i activitats de manteniment en temps de carni". *Treballs d'Arqueologia* 11, Bellaterra.
- GONZÁLEZ MARCÉN, P.; PICAZO, M. (1998): *El tiempo en arqueología*. Madrid: Arco-Libros.
- GONZÁLEZ MARCÉN, P.; PICAZO, M. (2005): "Arqueología de la vida cotidiana". En. M. Sánchez Romero (ed.), *Arqueología y Género*. Granada, Universidad de Granada, pp.141-158.
- GROENEN, M. (1994): "Pour une histoire de la préhistoire". Grenoble: Ed. Jerome Millon.
- HARAWAY, D. (1995) (orig. 1991): *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*. Cátedra, Madrid
- HARDING, S. (1990): *Whose Science? Whose Knowledge? Thinking from women's lives*. Cornell University Press, Nueva York.
- HASTORF, C.A. (1991): "Gender, space and food in Prehistory". En J.M. Gero y M.V. Conkey (eds.), *Engendering Archaeology. Women in Prehistory*. Oxford: Blackwell, pp. 132-162.
- HENDON, J.A. (1996): "Archeological approaches to the organization of domestic labor: Household Practice and Domestic Relations". *Annual Review of Anthropology* 1996, pp. 45-61.
- HERNANDO, A. (2002): *Arqueología de la Identidad*. Madrid, Akal.
- HODDER, I. (1987): "The contribution of the long-term". En I. Hodder (ed.), *Archaeology as long term history*. Cambridge: Cambridge University Press, pp. 1-8.

- HODDER, I.; CESSFORD, C. (2004): "Daily Practice and Social Memory at Çatalhöyük". *American Antiquity* 69(1), pp.17-40.
- HOLCOMB, B. (1998): "Gender and Heritage interpretation". En D. Uzell y R. Ballantyne (eds.) *Contemporary Issues in Heritage and Environmental Interpretation*: 37-55. Londres, The Stationary Office.
- JONES, S.; PAY, S. (1999, orig. 1989): "El legado de Eva". En L. Colomer et alii (eds.), *Arqueología y teoría feminista*. Estudios sobre mujeres y cultura material en arqueología: 323-340. Barcelona, Icaria.
- KARLIN, C. (1992): "Connaissances et savoir-faire: comment analyser un processus technique en Préhistoire". En R. Mora et alii (eds.), *Tecnología y Cadena Operativas Líticas*: 99-124. Bellaterra, Universidad Autónoma de Barcelona.
- KATHRYN A. (2001): "Kamp, Where Have All the Children Gone?: The Archaeology of Childhood", *Journal of Archaeological Method and Theory*, Volume 8, Issue 1, 34.
- KENT, S. (ed.). *Domestic Architecture and the Use of Space*. Cambridge University Press, Cambridge.
- LERMAN, N.; OLDENZIEL, R.; MOHUN, A. (eds.) 2003: *Gender & Technology, A Reader*. Baltimore: Johns Hopkins University.
- LEROI-GOURHAN, A.; BREZILLON, M. (1972): *Fouilles de Pincevent. Essai d'analyse ethnographique d'un habitat magdalénien. La section 36*. Vile Supplément à Gallia préhistorique. París, CNRS.
- LIESEN, L.T. (1998): "The legacy of Women the Gatherer: the emergence of evolutionary feminism". *Evolutionary Anthropology* 7/3: 105-113.
- LILLEHAMMER, G. 1989: "A Child is Born. The Child's World in an Archaeological Perspective". *Norwegian Archaeological Review* 22:90-105.
- MACLEAN, R. (1998): "Gendered Technologies and Gendered Activities in the Interlacustrine Early Iron Age". En S. Kent (ed.), *Gender in African Prehistory*: 163-178. Walnut Creek, AltaMira Press.
- MAGALLÓN, C. (1999): "Privilegio epistémico, verdad y relaciones de poder. Un debate sobre la epistemología del feminist standpoint". En M.J. Barral, C. Magallón, C. Miqueo y M.D. Sánchez (eds.). *Interacciones ciencia y género. Discursos y prácticas científicas de mujeres*, pp. 63-80. Barcelona: Icaria.
- MASVIDAL, C. PICAZO, M. (2005): *Modelando la figura humana: reflexiones en torno a las imágenes femeninas de la antigüedad*, Quaderns Crema, Barcelona.
- MCRAW, J. (1996): "Reconceiving Technology. Why Feminine Technologies Matter". En R. Wright (ed.) *Gender and Archaeology*. Philadelphia, University of Pennsylvania Press, pp. 52-78.
- MESKELL, L. (1998): "Oh My Goddess!". *Archaeological Dialogues*, 5 (2): 126-142.
- MEYERS, C. (2003): "Material Remains and Social Relations: Women's Culture in Agrarian Households of the Iron Age". En W. G. Dever y S. Gitin (eds.) *Symbiosis, Symbolism, and the Power of the Past: Canaan, Ancient Israel, and Their Neighbors from the Late Bronze Age through Roman Palestine*. Winona Lake, Ind.: Eisenbrauns: 425-44.
- MOLLESON, T. (1994): "La lección de los huesos de Abu Hureyra". *Investigación y Ciencia* 217: 60-65.
- MOORE, H.L. (1988): *Feminism and Anthropology*. Oxford: Polity Press.
- MOORE, J. ; Scott, E (1997): (eds) "Invisible People and Processes". *Writing Gender and Childhood into European Archaeology*, p. 150-168. London and New York: Leicester University Press.
- MOSER, S. (1998): *Ancestral Images. The Iconography of Human Evolution*. Cornell University press: Ithaca, N.Y.
- NEVETT, L. (1994): "Separation or seclusion? Towards an archaeological approach to investigating women in the Greek Household in the fifth to third centuries". En M. Parker Pearson y C. Richards (eds.). *Architecture & Order. Approaches to Social Space*. Londres y Nueva York: Routledge, pp. 98-112.
- OLDENZIEL, R. (1996): "Object/ions: Technologie, Culture and Gender". En Kingery, W.D. (ed.). *Learning from things. Method and Theory of Material Culture Studies*. Washington y Londres: Smithsonian Institution, pp. 55-72.
- PARKER PEARSON, M (1999): *The archaeology of Death and Burial*. Stroud: Sutton.
- Picazo, M. (1997): "Hearth and home: the timing of maintenance activities". En J. Moore y E. Scott (eds.). *Invisible People and Processes: Writing Gender and Childhood into European Archaeology*. Londres: Leicester University Press, pp. 59-67.
- PRADOS, L.; Ruiz, C. (eds.) (2006): *1er Encuentro Internacional de Arqueología y Género*. Universidad Autónoma de Madrid, Madrid.
- QUEROL, Mª A.; LAVRIN, A. (coords.) (2005): *Historia de las mujeres en España y América Latina. Vol. 1. (De la Prehistoria a la Edad Media)*. Valencia, Cátedra.
- REGA, E. A. (2000): "The gendering of children in the early Bronze Age cemetery at Mokrin". En Hurcombe, L. y McDonald, M. (eds.). *Gender and Material Culture*. New York: Macmillan.
- ROSALDO, M.Z.; LAMPHERE, L. (eds.) (1974): *Women, Culture and Society*. Stanford: Stanford
- SANAHUJA, Mª E. (2004): *Cuerpos sexuados, objetos y prehistoria*. Valencia, Cátedra.
- SÁNCHEZ ROMERO, M. (ed.) (2005): *Arqueología y Género*. Granada, Universidad de Granada.
- SCHULTING, R.; RICHARDS, M. (2001): "Dating women and becoming farmers. New palaeodietary and AMS dating evidence from Breton Mesolithic cemeteries of Tévéc and Hödiec". *Journal of Anthropological Archaeology* 20: 301-344.

- SCHWARTZMAN, H.B. (2005): "Materializing Children: "Challenges for the Archaeology of Childhood". *Archeological Papers of the American Anthropological Association* Vol. 15, No. 1: pp. 123-131.
- SHENNAN, S. E. (1975). "The social organization at Branc". *Antiquity* 49: 279-87.
- SMITH, P. E. (2005): "Children and Ceramic Innovation: A Study in the Archaeology of Children". *Archeological Papers of the American Anthropological Association* Vol. 15, No. 1: pp. 65-76.
- SOFAER-DEREVENSKI, J. (ed.): "Children and Material Culture", p. 3-16. London and New York: Routledge.
- SOFAER-DEREVENSKI, J. (2000): "Sex Differences in Activity-Related Osseous Change" in the Spine and the Gendered Division of Labour at Ensay and Wharram Percy, UK. *American Journal of Physical Anthropology* 111(3):333-354.
- SOFFER, O.; ADOVASIO, J.M.; HYLAND, D.C. (2000): "The 'Venus' figurines. Textiles, Basketry, Gender, and Status in the Upper Paleolithic". *Current Anthropology* 41/4: 511-525.
- SORENSEN, M.L. Stig (2000): *Gender Archaeology*. Polito Press, Cambridge.
- SPECTOR, J. (1993): "What this awl means. Feminist archaeology at Wahpeton Dakota Village. St. Paul, Minnesota". Historical Society Press.
- SPECTOR, J. (1983): "Male/Female Task Differentiation among the Hidatsa: Toward the Development of an Archaeological Approach to the Study of Gender". En P. Alberts y B. Medicine (eds.). *The Hidden Half. Studies of Plains Indian Women*. Washington: University Press of America, pp. 77-99.
- STEVANOMC, M. (1997): "The Age of Clay: the social dynamics of house destruction". *Journal of Anthropological Archaeology* 16: 334-395.
- STRATHERN, M. (1972): *Women in Between: Female Roles in a Male World, Mount Hagen*. London: Seminar Press.
- TANNER, N.; ZIHLMAN, A. (1976): "Women in evolution, Part I: Innovation and selection in human origins". *Signs* 1. 585-608.
- TRINGHAM, R. (1991): "Household with faces: the challenge of gender in prehistoric architectural remains". En J. Gero & M. Conkey (eds.), *Engendering Archaeology. Women in Prehistory*: 93-131. Oxford, Blackwell.
- WILK, R.; RATHJE, W.L. (1982): "Household Archaeology". *American Behavioral Scientist* 26(6), pp. 617-639.
- WILSON, D. (1997): "Gender, Diet, Health and Social Status in the Mississippian Powers Phase Turner Cemetery Population". En Ch. Claasen y R.A. Joyce (eds.), *Women in Prehistory. North America and Mesoamerica*: 119-135. Philadelphia, University of Pennsylvania Press.
- WRIGHT, R.P. (1996): "Technology, gender, and Class: Worlds of Difference in Ur III Mesopotamia". En R.P. Wright (ed.) *Gender and Archaeology* University of Pennsylvania Press, Philadelphia, 79-110.
- WYLIE, A. (1997): "The Engendering of Archaeology": Refiguring Feminist Science studies. *Osiris* 12: 80-99
- ZIHLMAN, A. (1978): "Women in evolution", Part II: Subsistence and social organisation among early Hominids. *Signs* 4: 4-20.
- ZIHLMAN, A. (1981): "Women as shapers of the human adaptation". En F. Dhalberg (ed.) *Women the gatherer*. Yale University Press, New haven: 75-120.